

**CARMEN VASCONES**

**MEMORIA Y ESPANTO (I parte)**

**A Pedro Oyervide**

*“la verdad está en reabsorción constante en lo que tiene de perturbador, no siendo en sí misma sino lo que falta para la realización del saber.” Lacan*

*“La memoria no procede del pasado, sino del futuro. Lo que no se puede olvidar es el futuro desde el cual todo recuerdo tomará su sentido o se develará como privado de él.” Braunstein*

*“En la guerra y en la paz no dejas de ser mi hija” Margarita Martínez*

Una mujer zurda hace una espantosa memoria. Saca al espejo de la oscuridad. La luz del silencio deja sentir. El sufrimiento y el atentado contra la vida. Quita el peso de encima de la existencia, expresa la angustia y su avatar: uno no puede dejar de pensar en uno. Esté encajado o desencajado tu ser frente a lo inmisericorde de un humano para con otro de su especie hay que descolocar la alienación del tú/ contigo. No soy tú. La bronca del afecto y saber de lo posible e imposible ocurrido. ¿La infracción a un amor que no convence? Y no todo es soportable... aunque el terror a la orfandad del amor te latiguee la resurrección del olvido y verifiques que no hay nada que hacer con el recuerdo digno o indigno de ti o de lo otro por reabsorberse como verdad que falta, que mortifica hasta en el silencio. Atente a las consecuencias del afuereño, **del espanto** que viene de afuera y de adentro; **ello**: el forastero del que no te fías y sin embargo eso foráneo pasajeramente está ligado a ti como hilo de sangre, pendiente de lo real de la vida desobediente.

El equívoco del amor como obstáculo que no cuadra a la sumisión. Un ser sumiso crea sospechas. Sospechosamente. ¿No ceder en tu deseo es no parecer cobarde, pero resulta ofensivo a...? ¿Se contraponen la servidumbre a la libertad y a la impotencia del poder? Una cosa es perturbar otra estar perturbado. ¿Y el perturbador? Yo no sé, yo sé, pero no sé...La discordia, la incompreensión, el desequilibrio, la no armonía con lo indigno en la memoria: la genealogía de lo real del espanto no abordado, esto es, **las secuelas de la lengua materna o la orfandad del amor**, y pienso en ese atrévete a ser, luego, impórtate a ti mismo. El espanto está escondido en el amor y hay que desflorarlo. Ya que la verdad es espantosamente terrible como esa libertad sin límites. Pero hay una sola opción, prestándote a la palabra para que la verdad hable. Hacerla que exista. El presente es ausencia de pasado. El pasado no es presencia de presente, El presente no está, ¿quién resiste y defiende lo que no existe? Y sin embargo se entalla la memoria en los tallos del recuerdo y las podas de la amnesia. Soy el que confirmo lo desdicho y ¿me retracto o no? Avanzo en ese deseo de ¿esconder, aclarar, fingir, enmascarar, auscultar, serme en la respuesta con mi vida sin hipocresía? Lacan dice, “No es el deseo el que preside al saber, sino el horror”. -No me cuentes creo no poder aguantar- Dilo, -falta todo-, ¿dónde está el ser? La madre no es imagen para el ser, si eso ocurre lo lleva a la muerte sin ocuparse por saber éste qué le falta. Peor si se coloca en el todo para ti, no le deja nada, solo la obediencia o perderse en las tinieblas del miedo o escoger la pasión para no enfrentarse al horror de saber. No soy de ti. Prosigue.

La memoria: mosaico roto de olvidos y recuerdos alrededor del vacío y de un nombre. El objeto fallido del sujeto se sujeta a lo ausente: La aparición y desaparición de lo

nombrable e innombrable: el deseo perforado de la madre que no se repara ni con la incógnita mirada en el vástago que no sabe de la palabra madre, sino que la empieza en la cuestión de lo que ignora “el que soy para ti no es quién soy para mí. El molde está roto desde que se nace. Seré lo que no serás. Mi memoria no es la tuya. Allá tú con tu propio espanto. Pero, el problema, es cuando se inserta un *pedazo* de lo tuyo en mí, y quiere hacer temblar sin compasión. Esta frase que voy a anotar del doctor Braunstein me cuesta traducirla para mí en ese indagar la curiosidad que me implica, dice, “el espanto se apodera del ser en el momento de descubrir que ella falta”. Me cuestiono, acaso si no hay espanto, hay síntoma, locura, melancolía o vida muerta en el deseo o como el analista argentino, dice “ausencia de escena originaria”. Pienso. Atadura que conlleva a una anorexia psíquica o a un insípido saber a un no verse en el nudo del eslabón que vivifica la palabra que viene de allá para acá y viceversa en el reverso de lo que se tiene y no en cuenta cuando venimos y estamos en el mundo que nos habita como *“la muerte y sus ensayo de amores”* en esta chulla vida. O doy paso al confabular para subvertir el orden de la represión. Repongo, reinicio, remarco, revuelvo, resuelvo, redescubro la autoría del ser en eso reprimido que habla. La represión es la autoría del ser que lo rapta o lo restituye o lo reenvía o lo rebota a resolver, o repetir o repudiar o rastrear o rubricar en lo que se reconoce su rasgo sin repetición que resurge. La impresión imprime lo que exprime. Exprime el jugo ácido de la vida. Persisto en la infracción de mi femineidad y la falla geológica de lo real de mi cuerpo: una mujer leal a mí misma. *“Yo la cumbre de la soledad/ reina de mi fondo/ mixtifico mi aislamiento/ lo protejo en homenaje/ al embrión que fui...”*

¿Y qué hago con la amenaza, la intimidación?, ¿La pongo en paréntesis? -está por verse-. La manzana de la discordia: perturba desde la raíz a la raíz la matriz de una madre en el cuerpo dotado de bien y de mal o el “surgimiento del demonio mismo del pudor”, dice Lacan, o ¿es la desnudez de la represión donde el perturbador deja su goce indefenso en la mirada descubierta? ¿Resistencia de la defensa o defensa de la resistencia? Y aún no lo sabe ese cuerpecillo recién parido. Ahí se ubicará el primer despegue de la mirada sin eco y sin reflejo en la memoria. ¿Qué se pega en el olvido? Su escritura está en permanente falta, se corrige en el andar, quizás para que no la encuentre el caos del otro o para no ahogar la existencia dentro de ella. Para seguir los cambios de la continuidad: sus pensamientos un des/ordenamiento sin credo. Contra uno se va en la “persistencia del ser” en su ensayo de vida sin la “imagen especular” del doble o del fantasma que atosiga como infancia inerte antes de ejecutarla con el verbo que separa desde el principio el acto de ser para una muerte y no para alguien. La soledad de la memoria.

Ningún presente está donde lo buscas. Su palabra es cuestionada. Su letra en espejo se rompe y desploma el a/mor sin vida. Voltea a la memoria, a los lados del recuerdo y del olvido se inicia el duelo con la nostalgia. Su morfema fuera del tocador sale inmune del eclipse del enigma: el “amor riesgoso” filial no se tropezó ni con lo oculto ni lo manifiesto. Su deseo salió invicto. No lo cedió ni lo concedió ni lo condonó al faltante o a la trampa o a los túneles de la memoria, sin fe así misma, atea al amor lo crea, al precio de no alinearse al molde que la acogió, el cántaro echa agua fuente, placenta roja y cordoncillo donde el niño está conectado. Hay que cortar en cada nacimiento. *“Ser*

*valiente/es señalar la desnudez/ en toda su fragilidad: / un recién nacido*". Nacemos expulsados a la muerte, ¿quién puede apaciguar en el campo de la visión esa certeza que engendra vida desnaturalizada? El humano se diferencia del animal, es el transgresor del límite, de lo adverso, el que impugna al deseo, el que lo combate, contradice, refuta; y, hasta el creador de lilit, acaso, ella misma travestida, la diosa negra o blanca, la divina madre temida, codiciada y voluptuosa, ¿adivina quién es esa criatura que se parece al velo de la moral, que esconde lo real en una apariencia: su propia negación. Se te va de las manos. ¿Levántale las faldas a la regla y verás?

La puesta del ser una carta anónima en la línea sin alineamiento a la hipocresía, que te hace o te obliga a tomar parte, actuar o fingir o hacer como que nada pasa, o esconder debajo de la apariencia la respuesta con tu vida: tus decisiones. La primera voz que te embauca lleva consigo un afecto sospechoso. ¿Se está y no se está en el campo del otro. La lengua materna un goce sin uno. Ella, mitad monstruo y mitad espíritu, la insubordinada, la inapropiada, la que abre las puertas de lo prohibido, la instigadora del deseo vedado, la fomentadora de la rebeldía, la demoniaca y perversa, la bipolaridad: la insurgente y la desobediente, la "destructora de niños", la angustia y lo real en el "enredo del cuerpo" de una mujer con otro; y se arma un embrollo en ese uso. Servirse y no saber qué hacer con el uno, o el uno con el otro. El personaje Lilith se manda a cambiar, no acepta amos, no quiere ser el reflejo ni espejo del otro. "*Acariciadora/ antagónica del espacio/ tu eres el vértigo del caos/ jamás podrás ser ángel ni derribar la torre de babel/ ni volver a las escrituras*". Lilith deriva de una raíz que denota toda clase de movimiento de torsión u objeto retorcido". Lleva en sí la negativa a convertirse en madre en cautividad, y por otro lado evidencia, en un plano psíquico, una proyección que traduce el miedo a no ser querido por la madre. ¿Qué hay detrás de cada mirada? ¿Acaso el espanto mismo de lo que soy y no soy para el otro?

Contenido denso que no debe distraernos, sino concatenarlo en ese ir imposible hacia el "retorno a lo perdido", se dan rodeos, con la excusa de la tentación, el velo del pudor o la vergüenza en cuestionamiento de la moral de una ella. Se busca una culpa sabor a mí o de alguien. "¿Qué quiere una mujer de un hombre o viceversa? Borges decía "me duele una mujer en todo el cuerpo", ¿a la mujer le duele un hombre en todo el cuerpo? ¿O le duele una mujer que no concibe en falta? ¿Ella: falta en palabra, obra y acto? ¿O quiere incorporar la femineidad en la falta que la madre no soporta en la mujer y no sabe cómo? ¿Una madre comprende a una mujer? ¿Una mujer comprende a una madre? Se resisten y se atraen hasta perturbarse en el terreno de lo reprimido: la armonía y desarmonía. ¿Una mujer se vacía de una madre? ¿Una madre se vacía de una mujer? Dios no creó el vacío, ya estaba. Sólo que la humana forma no sabe qué hacer con él, y ella tampoco. Ambas se portan, ¿se soportan? Quieras o no cuando hay un hijo de por medio y un hombre en cuestionamiento, el dilema de la defensa y lo real supuesto detonan en contrincantes amantísimas subyugadas a la servidumbre del goce y sus modos de servirse el bocado del ser.

La angustia te previene para no ser presa fácil. El cuerpo espanta de atracción, -que ni se parezca porque o si no, no sé lo que hago o que me harías. ¿Qué es lo que no tengo y tiene la otra?, o ¿qué será, o no será? Espejito, ¿espejito, dime quién es la más bella? Entre la madre y la mujer, la muerte y el inicio de la vida que invita a un hombre a formar parte de la gestación de la creación y algo más. Prohibido codiciar lo ajeno o la

mujer del prójimo. Expulsados del deseo ilícito vamos a inaugurar la metáfora que legitima en el nombre del padre, del hijo y de la *mujer cifra del tabú* para “revelar las trampas del amor” en las murallas del cuerpo. Las miradas no son las mismas. Tienen tonos, sentidos y dramas del no siempre estoy contigo. *“Nadie sacrifica nada”*.

Y, lo único que tengo es mi nombre para contar conmigo la memorable vida a pesar de lo digno de estar conmigo, aunque sea indigna para el otro o la otra lengua que estorbas. De poder entrar y salir del cuerpo de la palabra que me alberga y se dirige a seguir viviendo en mí, aunque la madre esté o no haya estado. Una vez nacido se pasa a otras luchas... “A concebir su propia concepción, el encuentro o el desencuentro entre los deseos de la madre y del padre”, Braunstein lo señala así de claro en esta frase compacta que eriza la memoria. Había que jugar y destruir el juguete sin temor a dañarlo. Este objeto aguanta sin sufrir, sin llorar, sin devolver la canallada. ¿Hay un deseo criminal en el drama de Edipo de parte de quién? ¿Qué no sabe el niño que una cosa, algo o alguien lo acecha o lo estigmatiza y hace que sea temido o se lo considere portador del espanto porque depende de un pensamiento, de un secreto, de un sueño, de una premonición, de un deseo que actúa o atrae a la muerte, que solo de pensarla llena de pavor, que tal idea no se borra así porque sí? ¿Hay que salir de las redes de la represión originaria? Tachar esa represión de amor incondicional a la madre, ya que esa represión puede desaparecerte si se impone a tu ser. -¿De quién es mi hijo?- Juega la madre con el hijo, y él contesta -de mamá- y el júbilo se confunde en el mío y tuyo y de nadie más. *Ma-Mi*. Con cuantos errores acometemos al sentido de la pertenencia. *“La amenaza y el fin del hombre/ la ejecuta él mismo/ con su impaciencia y ansiedad de hereje/asido en el cuerpo de la inquisición/ todo su goce y sufrimiento promiscuo”*

Esa represión, es “presencia constante en el conflicto con lo represor”. Solo queda no ceder, esto es, no ser la acción ni lo actuado ni el complemento del otro. ¿Cómo diferenciar al verbo desde el principio del fantasma y del real materno? ¿Y cuándo la madre espanta en la memoria con su aparecer o desaparecer? ¿Y cuando eres maldito y te pisan la cabeza como a una culebra por enfrentar o desmitificar a la madre? ¿Qué significa tanto monumento a la madre o idealizaciones inconcebibles que ahí están, recordándote la culpa, o eso de que “todos tienen una madre ninguna como la mía” Y ¡ay! Del que se atreve a hablar nunca más será el mismo. El invento catastrófico de un amor que espanta cuando se escarba en él y no sabes con qué te vas a encontrar. No todos, no todo, dice el opositor y defensor del símbolo materno. Maternante memoria la incógnita del vacío que entre pertenencia e identidad al garete o petrificada está ahí entre lo que asoma y se esconde como un iceberg envuelto en espejismos, oscuridad y la estocada de una mirada. Lo que aparece y desaparece. Lo parecido que parece a parecerse y no es, solo un parecer.

Todo nacimiento conlleva un riesgo: enfrentar la lengua materna. Ubicar un lugar sin sombras, sin empantanamientos en los intranquilos desafueros contra las cuerdas consanguíneas. Toma su tiempo traducirse en la propia psique. Del primer llanto, al agu al grito al fonema al morfema, al silabario, a la palabra casi dicha. Interpretamos la memoria que nos afilia a uno. No nos podemos desafiliar del nudo que aprendimos y desaprendemos. Su imperfecto ser cerca al exhomosapien que conspira contra lo animado e inanimado. Indulto quiere. La madre no es mi memoria. El espanto es el límite para el eclipse filial. Atrás de lo oscuro está la luz. Parto con dolor a una mí. ¿Haber nacido o mejor no haber nacido para no enterarse qué? Lo que está en juego en la base de la represión originaria es el deseo de la madre. ¿Es su deseo lo que habrá de

ser borrado, desistido, suprimido, desubicado, desalineado, despegado, descentrado para que el hijo viva en la sociedad humana, No soy lo que tú quieres que sea, no soy tu cosa, ni tu nada. Peor nadie de alguien. No eres mi epicentro, ni el centro, ni giro alrededor tuyo. Aunque me duelas con tu indiferencia o agresión o tratos por no corresponderte ni por miedo a que me dejes de querer por no obedecerte, ni creer solo en lo tu digas, tu palabra no es mi ley. No todo lo que tú dices es cierto. ¿A que no nos atrevemos a este punto aparte? Pero, ¿qué pasará hasta que eso suceda? En lo que se vive se imagina lo que puede ocurrirle: esto es, que sucede algo en la vida que hace tambalearse de convicciones. De lo desdicho de la memoria a lo desdicho de la infancia y “un recuerdo que trae la semilla del espanto”, nos dice, Brausntein. Hágase el rayón de la voluntad de la infancia que fue. Ningún movimiento se parece al otro, ¿Quién se acuerda cuando hizo su primer trazo? ¿En la cara de mamá, en la camisa de papá, en la pared, en el papel, en el cuaderno de un hermano, en dónde?, ¿con qué, con lápiz de labio hurtado a la madre, con carbón, con mocos, con salivas, con cacas con qué? ¿Quién recuerda los encantadores y espantosos y divinos garabatos torcidos de los trazos sin destino aparente? Tachón, borrón y cuenta nueva, si fuera así de fácil. Va sola la impresión de una mano llevando con dificultad un carboncillo o crayón para asentar la levedad del rayón de la nada o la rúbrica iniciándose, la misma que no nos deja perder la ruta de la memoria que no alcanzamos a reconocer/nos en el papel mental y en el perdido en la realidad. Cambiar o convertir el miedo en amor y hacer caca de corazones, porque se ha convertido lo temido en algo asequible así lo dijo la infanta que se aleja del fantasma. Algo hay que evacuar. Sólo más tarde ¡ah! Eso era... Margarita Durás dirá: “enfrentamiento silencioso del horror en uno mismo y en el mundo”. Y ese trabajo de jardinero que hay que hacer en la memoria con la raíz de la “huella” que te lleva a una cita con el espanto en la historia de un olvido o recuerdo terco y a propósito. Por aquí creo que voy al punto que abordo. Para mí, el tabú da inicio a la memoria: lo prohibido de gozar lo siniestro: el incesto, que no es más que dos significantes que coinciden a la perfección -(y se exige tanta corrección para alcanzar lo perfecto), no hay relación exacta en nada-. Hay que controlar y demarcar los límites entre fantasía y realidad para no desvanecerse en lo pavoroso del interdicto violado: la confirmación del suceso. El interdicto es un frenazo para no desbocar o la pertinencia de ubicar el cuerpo al límite. La vida como episodios anda inconclusa en esa narración discontinuada de lo continuo en la memoria. Continúa, te toca a ti, qué, cómo, cuando, claro, andas distraído...

Nietzsche, dice “atrévete a saber”, agregó, métete en el hedor y la inmundicia, y sabrás con lo que te encuentras en el basurero o en el escusado del yo. Por algo se pide o se da excusas de vez en cuando. Su opuesto, la mentira “una voluntad de no querer ver lo que se ve”, giro en la aurora devastada de este pensador nihilista. “La verdad terrible”: la indecencia del espanto y su decente olor en el cuerpo despide intempestivamente la fábula del ser: el olor de los padres y el del recién nacido. ¿El amor y la sensualidad son incompatibles? El filósofo Nietzsche dice “la voluntad del hombre sufre en forma permanente por no poder satisfacer sus deseos”. Pone el dedo en la llaga, duda de lo femenino, ¿Qué hay de su madre y de los silencios de ambos? ¿Dice el pensador “la verdad es inestable como una mujer que no se ha dejado conquistar”, acaso su amante la muerte con la que fusionará la nada? ¿Cómo querer borrar toda conexión del pensamiento con los sentimientos? ¿Vaciar hasta de sí? Otro tema, lo dejo ahí. Tenía un miedo espantoso que algún día se lo declare santo... ¿La genealogía del espanto y la moral de quién? La vergüenza de saberse falto de amor, afecto incierto en la debilidad de la pasión que perturba a la vida hasta hacerla padecer en los escarnios de la aflicción

y la desolación del pensamiento sin reposo. La nada no es inocente. *Ser bueno* es no querer ver en uno, no creo eso, incapaz de auscultar. *Ser malo* es querer ver en un creo capaz... ¿Y entre este bien y mal qué papel juega la hipocresía para estar en contra o a favor de? Me comprometo o no, o corro el riesgo de la afrenta que no es lo mismo que afrontar el pavor del silencio que esconde el espanto en la memoria que no naufraga o flota entre recuerdo y olvido. La muerte es un síntoma de vida. Contiene un impulso sin articularse en lo simbólico, un real atropellante como andar en cuerda floja desajustada del significante que me nombra y me anuda a la vida. En esos ataques y pánicos se dan huídas, miedos y vueltas contra sí, a veces se producen choques, caídas, desenlaces fatales o repeticiones de tropezar de nuevo con la misma piedra o chocar con la mirada de la cabeza de la medusa o se añora el milagro o el encuentro con lo divino aunque no se lo crea.

El discurso de la madre desarma el lego de la memoria antes que el niño haya construido. Lo deja sin pieza, lo hace su pieza. Y a veces la vida nos pasamos armando y desarmando rompecabezas, perdiendo las piezas del tiempo para comenzar o terminarlo... Y buscamos lo perdido dando vueltas alrededor del vacío. Y “el espanto y la falta se vuelve invivible”. O cada quien a reubicar las citas fallidas, a prestarse a la amonestación del atraso, dónde estabas, y no es con ella. La memoria que me hace falta o falla cuando recurro a su manantial, el escondite de cada uno donde se remonta al encuentro con ese uno o una, misma o mismo donde radica el fallo a favor o en contra. Movimiento de ser y no ser. Braunstein dice “la memoria es una columna hueca que se construye en torno de un vacío central hecho de olvido y rechazo” Nos exiliamos en la memoria para no morir ni ser olvido prontamente. La muerte expropia la vida. ¿El propietario de ambas, quién es? El pesar de uno que no es uno. El otro que me recuerda a mí. “la memoria no quiere saber del recuerdo que asusta o estorba”, afirma Braunstein, sin vacilar. En nuestra cabeza fallonamente está ese uno que se ausenta y se presenta como uno de sí mismo sin engañarme ni confundirme con nadie. La impresión de lo impreso que tienes que caer en cuenta para que no caigas en la servidumbre del engaño de ese **yo** te mando. Uno con uno no da a dos, sino, uno menos y uno más. Uno solo de uno. Excusa exclusiva. Inclusive, uno jamás aprende. El recuerdo imperdible del olvido. Treta de la memoria que asiste, alumbrando y embauca al vacío con silencios a destaparse. Éste la acoge sin reparos. Luego, ella, la memoria, cae en la cuenta del reparo. Toma su tiempo la reparación o reponerse de que la creación no es lo que creo, sino que me crea a pesar de mí creo...

En fin, concatenar la huella de la ausencia a través de palabras que las da a conocer la voz de mí, efecto de entreactos, entretelones y lo transitado. Otra rúbrica es aquel sonido que sale de mí boca que me señala, y me identifica entre las voces: **la forastera de la lengua**, que traslado, traduzco y produzco. Nos jugamos el papel de acreedor, de acreditador. Hasta el descrédito se corre el riesgo en esa cita con la “faltosa/mente” al memorar. ¿Quién puede aguantar el desfondo o la quiebra de la memoria? Tanto, desfalco, hurto y complicidad, ¿qué hacer? El que calla otorga. Obligado o no estamos a convivir con la memoria que me designa a no olvidarme de mí aunque no se quiera saber del acordarme de la muerte o de ese agujero que designa una identidad diferente; ¿y no sé cómo estoy en lo que soy? ¿Soy esto? Esto tal vez soy... La poeta dice **“hago de mi palabra una mujer a cada instante”**. Flash: El espejo: la cámara fotográfica de la memoria mirándose a sí misma. La imagen sin toma hace eco de un síntoma prisionero en una **anónima figura envuelta** que desenvolverá la sanción de una mirada que no sólo fue eso sino un encandelillamiento o resplandor de la **“crueldad de la aurora”**, -como

que te deja ciego o enmudecido para recordar el suceso estacionado en el espantoso olvido-. ¿Dónde está la mirada cuando se mira? Pero, no miras, -mírame- dice la voz.

¿Y si la mirada no está o son dos orificios deshabitados de confianza? ¿Y, cuando la mirada coincidió con un acto deleznable y sólo ves una cicatriz como zanja impidiendo cruzar para averiguar qué mismo fue? Y tienes que atreverte “a amar el milagro de haber nacido” dice Oriana Fallaci cuando está recogiendo noticias de guerra en Vietnam en su libro “Nada y así sea. El hueco de la memoria es la vida misma, donde se anuncia la huella sin sometimiento filial al océano materno que puede provocar la ida a pique del ser. Es al deseo a lo único que no podemos ceder. El que olvida esto, la memoria lo arrastra a recordar. A menos, que haya un deseo mortíferamente insostenible, insoportable, tentador de inercia, ¿un deseo de matar o morir? ¿De gozar hasta el aniquilamiento el puesto del amo que te esclaviza en el cuerpo hasta inutilizarte o inmovilizarte el ser? O dejarte amorfo. ¿El amor es a/morfológico? ¿El amor es un real intolerable? ¿Cuál es su anatómica morfología? ¿Para que exista el amor tiene que haber uno que ama por dos, qué terrible esa tensión querer y no querer ser devorado por la presencia que me convierta en ausencia confundida con el reflejo? Añorada aparición no soy tu uno.

En la etimología de esta palabra amor se discute su raíz, en latín **a**: sin y **mor** de mortar: muerte, que puede ser amor sin muerte ¿amor de eternidad?; También se relaciona amor en latín con oris (afinidad, apego, sentimiento), también con **am** que deriva de **amma** que concierne a madre, y de **amar** que deriva a amor o amar de madre. En griego el amor está apuntalado y cercado por eros, filos y ágape? En griego **a** es negación ¿Cuál su carga o su epifanía? A: Hacia y MOR: por causa de... En la mitología Liliht representa el amor oscuro ausente de luz, el amor no era su objeto, su posición contradice, escapa al sometimiento del primer hombre y se convierte en demonio, la opositora, la adversa, “la espía errante”, la calumnia, la identifican habitada de tentación, pasión y deseo vedado y prohibido. No acepta el sometimiento, es insubordinada no obediente, no maternal y no femenina. En esa ordenación patriarcal de la mujer buena sometida y la mala rebelde se produce una evolución o ruptura de la mujer portavoz de sí misma pasando del monstruo mitológico a la suegra mala y madre mala... Pero no vamos a entrar a la cueva de la bruja, o al santuario de la virgen ni a la paila de la celestina ni a la virginidad del espanto. ¿Estamos o vamos hacia... por causa de? ¿O por causa de... vamos hacia? Se tiene que dar un movimiento a favor o en contra que se dirige a algún lado. Algo que aleja y lleva hacia a **él**: amor o hacia **ella**: la muerte. El amor con algo y sin algo de muerte. El amor se muere si no tiene movimiento. En la contracción del ser la tensión y la relatividad de lo humano. En el acortamiento de la rama está tú atajo, postura y sendero. En la raíz del amor está la madre con su lengua que calma o no, Braunstein dice, que “el análisis culmina en el descubrimiento de un ombligo que comunica lo real ¿lo real? *sí lo real –el espanto...El grito* ante la ausencia de la madre que no encuentra el consuelo de su regreso...” ni calmará esa angustia inicial, ¿la madre, la mirada y la nostalgia de un encuentro que nunca se producirá? Opuesta a la una, avanzo a la una en mí. En el camino ¿eliges o ensayas a la composición y compostura de tu verbo ser?

¿Dónde todo o una parte parece petrificada para que no se cumpla el deseo o que se cumpla casi todo? Somos culpables por desear y no desear, ¿cómo se puede ser culpable cuando no se quiere o se quiere saber del deseo? ¿Quién ama mi deseo? ¿Ceder mi puesto a la muerte acaso es mi deseo? No. La vida no es una letra muerta en el cuerpo.

Mientras haya un ser humano desenmascarado y “descolocado de los espejismos del yo” que viva y delecte su o mi nombre en eso que nos hace ajenos a la semejanza y nos provoca la diferencia o indiferencia.

La palabra despega la memoria. En la cola del pensamiento los recuerdos y el olvido aflojando la memoria que aparece y desaparece en la mirada de sí misma. La madre no es mi memoria. Es un punto partido que ubica y desubica la ilusión del porvenir. Aparezco para no desaparecerme. Desaparezco para no aparecerme. Parezco que desaparezco. No me parezco a ella. Soy distinta. La palabra me acompaña en esta memorar y desmemorar de lo que no es conmigo y con ella. Identifico lo que no me sepultó. ¿Acaso, la memoria: es el significante de la trinchera que actúa como registro del testigo y testimonio del significante fronterizo que no deja perder el rastro en la marca de la ausencia y presencia del sujeto que cuenta conmigo? El receptor y el emisor se juegan una coartada. ¿Cuándo la memoria me crea? Creo una memoria que adviene. ¿Sigamos o me sigo? ... El destinatario me remite a emitir un fallo. Falla la memoria porque no es literal. Cómo es que digo. Yo creí que...pero, ahora comprendo que la memoria es el cuarto oscuro donde se revela olvido y recuerdo. También donde se vela la imagen. El invento sublime o catastrófico de ser uno sin con/mover/se ni tener piedad por el pedido del otro que te persuade o te impone el papel de reemplazo hasta pegarte o despegarte a un soy que no eres y no puedes dar contigo porque te deja como un comodín o suplantador en espera de ti, que estas como congelado en tu ser que te desconoce. La incógnita de la identidad una ecuación sin patentar en la memoria muda o inmóvil en el reflejo del ojo que parpadea algo que escapa a desaparecer o aparecer en el arco o umbral de la mirada esa. ¿Leal para no parecer cobarde? ¿Desleal para parecer cobarde? Traidora por abandonar el deseo de la madre para dar espacio al mío. Una de sí misma. Una soy. Otra no soy. ¿Cuál eres?

El contacto entre la vida y la muerte crea un más uno y un menos uno. El perseguido y el perseguidor adelante, detrás. Más la vida fue y es menos con la muerte. Unida al cuerpo la vida, desunida al cuerpo la muerte. La visión de lo invisible que se ofrece aligerando del peso al cuerpo. ¿La existencia exiliada entre la inercia y el movimiento? Continuo reductible, discontinuo irreductible. La vida engendra la muerte. Embaraza la vida, desembaraza la muerte. La vida emigra de la muerte. La muerte está en cualquier parte o lugar. ¿Cómo? Uno no es idéntico a sí mismo. Nadie se lleva nada. Ni siquiera la memoria porque ésta lo des/prende de todo a uno en ese inevitable momento... ¿La inferioridad de la vida frente a la muerte, desata una soberanía expansionista, un comprimir devastador, ¿la guerra en todos los tiempos? La ostentosa pugna del poder del más uno sobre el menos uno supuesto: El ubicado y desubicado. El prestigio de la gloria humillante: lo humano ¿etnocidio y genocidio? El equilibrio es frágil. El excedente hunde. Ofensivo acumular eso de vaciar al otro. No hay que reducirse a un utensilio, traste, trapo, jerga o peor a un desecho a menos que juegues al muerto. Hay que desechar. ¿Reciclar al espectro? Enfrentamiento y desarraigo eso de sujetarse a no ser objeto ni dejarse formatear por ese otro que me dice que me porte bien a sus conveniencias. ¿Pugnar versus impugnar?

La ausencia imprime la memoria: tal fue eso. El rompecabezas de la muerte o la rayuela del ser en el mapa o la ruta de la memoria en ese deseo que no se deja engañar por un “yo no sé”. Toda intensión lleva algo oculto. La tentativa lleva una culpa ajena que se acerca y se aleja de lo real intolerable. Al muerto no se lo puede borrar de la memoria, algunos lo quieren recordar, otros que ni exista o peor que no hubiese nacido nunca. Si



la resurrección fuera posible que nos hiciéramos y haríamos con los monstruos, con los abominables que deciden sobre la vida. Ni pensarlo, ni se te ocurra. ¡Calla!. ¡Que uno se erija la muerte sobre los unos! ¿Cuánto tiempo lo aguantas? No te preocupes. Otros se encargarán de tumbarlo.

La memoria se bifurca en laberintos de recuerdos, olvidos, a/trazos de lo conocido y extraño. –se tiñe de claroscuro, de singular absoluto, de bizarros y máscaras, de sueños y pesadillas, de espejos fríos, fascinantes y tenebrosos con yo y sin tú, con un él casi inalcanzable, de encantadoras e inadmisibles situaciones, de pensares y pesar, de luto, lata y tropiezos. En algunos casos huellas de otros que borran la propia. Y hay que desandar para dar con una forma que se parezca a uno o a una...

Y en todos esos pasos hay que encontrar y no confundir la hollada de uno con la del otro. En la marca o cicatriz de toda falla, hay allí una historia de horror o de espanto puntual aunque parezca o no el suceso ¿es el nudo de la intensión que tensa? El cuerpo está en tensión permanente. Lo que no se dice crea un cuento o un crisis casi alucinante... ¿La función mnémica atrasa, adelanta te avisa, persuade, te acorrala...?

¿Qué hace la línea del diseño mentora para que este registro se note, se borre, se quiebre, se deshilache, se filtre, se esconda, se ponga en clandestino? En la memoria se dan juegos de silencios. Espacios para insertar conexiones entre la forma del olvido y la huella del recuerdo. ¿El humor, el síntoma y el drama actúan como atenuantes, como impedimentos o como contra carga de la psique en convulsión?... El que fue un soy que será. Vida luego ausencia. Pensamiento ahí. Existencia de una presencia que va, que iba en un es que está siendo, ¿quién sabe cuándo no está en el otro y está en sí mismo? La vida incluye a la muerte. La muerte excluye a la vida. Estos opuestos generan una posición defensiva entre lo dividido e indiviso. Si te abraza la muerte ya no estás. Si te abraza la vida estás aún. ¿Y cuando desaparezcas para siempre, porque hay que partir algún día, ya no es mi asunto, estaré o estarás muerto para el otro que no sé en mí ni en ti. Eh, ahí el sujeto que no sabe que está, pero está confuso, sabe que eso no soporta, sabe que ya no. ¿La vida jefa de la muerte? ¿La muerte jefa de la vida? Protesta de jamases, de boicot, huelga a la inercia o al movimiento incontrolable. Que la masa no se vaya de las manos. La vida excluyendo a la muerte: un imposible. La muerte excluyendo a la vida: un posible. La cantera dentro del cráneo del cantero: ¿apedreador, cincelador, labrante, picapedrero? ¿Recordar también lo que no hay que hacer al otro? “De pronto tengo un miedo que no es de morir. Es miedo de vivir” dice Oriana fallaci en su diario que recurro.

Entonces, **Causalidad psíquica**: decisión de ser, que coloca, figura, configura, ubica un puesto, puesto que eres tú, insignia, señala, envía. Crea un creo. **VERSUS**. **Devastación psíquica**: indecisión de no ser, descoloca, desfigura, desconfigura, desubica, desvía, apuesta, busca la suerte, atina al azar, copia, sin lugar, sin puesto, sin él. Descrea. Vuelvo a Oriana, que medita en el posible silencio “es duro sentirse derrotado por los demás, pero saberse derrotado precisamente por uno mismo, es espantoso, intolerable”. El riesgo en la posición de ser implica una decisión de no ser. Urge la necesidad de la dilucidación de la afirmación o la negación del Yo soy este o quién espero, ¿para llegar involucra un quién soy en mí o para ti en eso que no soy yo? Apremia la reconfiguración del intercambio del reconocimiento en ese insondable espejo que nos devuelve un sondeo de ¡ah! ¿Mi imagen me convence o no? La cirugía plástica quita y pone, qué queda para la memoria en esas reparaciones insoportables. La

libertad de elegir se vuelve contra el destinatario. Se vuelve traición al uno, se hace infiel a una verdad. La libertad es la mentira, engaña al ser que se sostiene a capa y espada del límite del acuso, recuso, a lugar, no ha lugar. Rebota. Cójalo. Conspira.

¡Es el enemigo! ¡NO! Aún soy ese o eso que dice que estoy en mí aunque no me creas. ¿La boleta de auxilio cómo actúa en el aparato mental aún no metalizada en un disco duro, chip o lista negra? El **agón: o el espanto de ser** en el desafío, discusión y conflicto en el debate y contienda de lo que compete olímpicamente a la lucha y la angustia entre el protagonista y antagonista en el ágora del cuerpo, partido de la disputa del *actuante en una vida innominada*. ¿Eliminas sin eliminar ni a ti ni al otro? La memoria: contenido de las escenas y las imágenes que hacen una huella, que fija, desata, ata, deambula, flota. La secuencia es consecuente y/o inconsecuente. En La historia de la vida, los episodios del sonido, los sentidos, la habitación del cuerpo, el espacio borrado, en blanco, roto, vaciado, sobresaturado..., la dicha no dicha, lo no dicho en la barra y borrador del diario soñante. En la impresión: la imprenta de la escritura y lo impreso: lo decible: ex/presa/mente. El acto de ser en la constitución de la palabra que me compone y descompone más acá más allá -aquí- sin ahora- con hora, sin tiempo omitido. -Si pudiera volver a nacer- dice, el que se aleja y acerca a la memoria que lo señala como participante, ejecutante y actuante, qué haría.

La vida que te toca piedra inaugural a cincelarla, a darle toques de queda, rondas, armisticio. No elegimos nacer. “Madre, óyeme, mi plegaria es un grito en la noche...!madre! mírame, una amor ha empezado a nacer”. Ave maría gracia plena, gloria a ti...será que buscamos no ser el *quiere* del otro, ni siquiera al precio de ganar un “amor como sea. ¿O nos doblegamos a la crucifixión del “no sabe lo que hace pero hágase tú voluntad... o nos oponemos rotundamente justamente a eso de no soy tu voluntad? Pero el canto recoge la súplica, “es verdad que hace tiempo que te tengo en el olvido... es verdad que tu nombre no lo digo desde niño... pero ahora yo necesito que me ayudes y que te olvides lo que he sido... recordarás aquellas flores, eran mía sólo mías, las robaba por las noches para ti...tu sabes que yo la quiero y es todo lo que tengo...ave maría te pido no termine nuestro amor”. No hay acuerdo con la madre sino desacuerdos. Y el amor no es eterno, y ¿a caso ni estuvo?, quizá hubo, aunque sea algo amorfo. O peor solo queda nombrarlo con la certeza de no dar con lo real de ese sentimiento o invento...**Lo Real:** carezco de ti, nadie completa a nadie ni ese sentir que sabe a reniego, culpa, angustia y algo de mi parte. Solo te queda crearlo y creer en la creación entre uno con una.

La madre guarece al feto, la conexión está en juego, riesgo, aprieto, puja, contracción, dolor, empuja, expulsa sola o acompañada. El sujeto ha de ser. Y en eso quizás está o radica el espanto jugando su papel o función que nos recuerda el inicio del combate de lo real insoportable o sobornable en la memoria de adentro y afuera de ella con el paréntesis de eso no recuerdo, pero se y no sé que está ahí. O lo que aún se deja ver en la aparición y desaparición de la angustia. Preguntemos ¿cuál sería el deseo en mi última voluntad a la hora de la hora? ¿Qué he mandado o no, cuál sería mi última petición? Repito, repíteme ¿cómo te repites? Eso no, esto sí, eso... No puedo expulsar lo que carezco. Corte. Corta. Hay una posibilidad: dar con el escondite de lo real del real: tú mismo y la lengua en el lugar no idéntico que te acredita tu participación en la forma que estilas. No te escondas en ese encuentro una vez que has dado con el toque que te distingue. ¿Acaso el amor es lo más espantoso que se pueda soportar o no en el cuerpo como algo ausente o presente? Dice Lacan “el amor, una pasión de la ignorancia

del deseo”. ¿El amor pide amor... lo pide sin cesar...aún? ¿El amor es hacerse uno? “El amor en su esencia es narcisista...el amor es impotente...porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno”. “No hay la mujer, la mujer no toda es... y que no me vengan a hablarme de los caracteres secundarios...son los de la madre los que predominan en ella”. Releo, subrayo, extraigo pensamientos a Lacan ubicados en **Aún**, “aún es el nombre de esa falla donde en el otro parte de la demanda de amor”. Cada uno y una es un no soy tu amor eterno. No somos uno en el amor...”El uno no se relaciona con la una. ..Entre uno y otro hay algo que no es monopolio de alguien”.

Y entre mis documentos me encuentro con “dos carencias no forman una completud”, nos dice Pedro Oyervide. En su largo texto sobre psicoanálisis y transmisión. Pregunto ¿Quién quiere ser desecho del, por o para el amor? Hágase la creación y que te saquen de las casillas del ser y descubras que no eres amor ni reflejo para uno, para que no te ahogues en su imagen. El amor es un conjunto vacío. El amor es carencia. Es deseo, es finito. Y su causa es a/mor ¿negación y afirmación de la muerte? ¿Y qué tiene que ver el amor con el espanto? ¿Es la misma cara de los dos lados de la moneda? Su sello. La memoria te lo hará saber desde el cómo se inscribió la primera vez y sus modos y efectos de resonancia en las pistas que te da cuando juegas a la rayuela y te caes, y te quedas sin casa, y tienes que volver a empezar, y no pisar el espacio del otro, y no hacer trampa, ni buscar cómplice que se haga de la vista gacha. Quizás seguir el *hilo de agua* de esta frase “**En la guerra y en la paz no dejas de ser mi hija**” y descansar de la distancia de ese espacio y límite donde no hay retorno. Tampoco es mi deseo regresar al agua fuente. Solo Continuar.

**En el olimpo de la infancia una pureza perversa: mi imagen femenina y mi lealtad a ella.** Cada memoria es una rayuela ocupada por ti y los fantasmas. Solo nos queda despejarla y retroceder o repetir en el juego la oportunidad de llegar a un espacio que no será jamás el de ese o esos instantes sin más ni menos. ¿Cómo fue la jugada de principio a fin? Corre que te tengo que querer aunque tu mama no me pueda ver, le dice el amado a la amada y ésta tiene que atreverse al gozo del “cantar de los cantares” sin culpa ni monstruos importados de la cuerda floja del primer nudo que nos ata y desata la vida en ese primer recuerdo donde se ubica el espanto que hace de móvil de carnada, puente o hasta aquí no más llegas. Con el riesgo de conocer que hay un ganador y perdedor del que no quieres saber. ¿Hay que perder algo para ganar la aparición de “**una memoria distinta**” y algo más que nos depare la vida? Con y sin nostalgia dice Benedetti. Punto aparte. Agarro un pensamiento prestado a Balzac “en la vida bien vale una hora de amor”, lo dice en su obra “la piel de zapa”. Quizás es tarea de cada uno a su debido momento en su propio pellejo de testigo implícito en primera persona quitar el obstáculo o la basura del ojo. Dejar la posibilidad de pensar, dejar algo explícito en lo posible aún.

Avanzar hacia un lugar parecido al **cartel en psicoanálisis:** puesto vacío del **DI/VAN**, pase otro, para trabajar **lo real: “la fiel imagen del poder desnudo”**, J.C. Milner lo desviste así en su libro el amor por la lengua. Este Cartel es el lugar y momento de envite y desafíos, del abordaje a un real, lo real del inconsciente, lo real de la lengua, y el desmadre del sujeto supuesto saber en esa experiencia que aproxima duelos de palabras, proposiciones, canjes, rescate. Espacio en que se labora y aborda sin

investidura, sin soborno, sin chantaje, sin amo ni jefes del yo digo, ni enemigo supuesto. Sin tribunal de descabezamientos. Ni sucesión de autoridad.

La autorización sin réditos, ni plusvalía, ni siquiera plus de goce. Un espacio de zona franca para anudar pases, diálogos de ese desencadenar el deseo de un más uno en conexión, permutable, sin ecos, que afianza, suscita, sostiene la creación sin endiosamiento, sin madrazgos, sin puestos exclusivos ni privilegiados. Sin saber del yo digo, sin confrontación de espejos. ? Allí se deja un lugar intercambiable Nudo de punto de convergencia, de equilibrio de carencia y efecto de ausencia. Ello: Lo real de una presencia: la memoria en creación en alternancia con más uno(s). Esto es, la desaprensión del yo del real, pasar del inmóvil al móvil del movimiento. Del real espanto al real creador en la lengua sin ninguna clase de corona real por motivo tal... ¿La ética en formación de una autoridad en su decir: topa con lo que sabe y no en ese trato, “con la lengua como retazo del Real de lo imposible”, dice Oyervide, eso tiende a escabullirse, y hay que estar atento, no hay que dejar que boicotee la ética del decir. Reconocer el espanto no nos garantiza nada. Y todo se reduce al ¿placer o la verdad? **“la verdad no se dice, y es porque faltan las palabras, pero las palabras faltan siempre”**. Así lo explicita, J.C. Milner. Y el espanto falta siempre aunque no esté ahí o se lo crea allí donde creíamos que estaba y el pavor nos tenía enmudecidos.

En algún lugar alguien no sabe que estoy aquí, allá voy. Adviniendo, porque no sabe qué sé, Vengo absorbiendo porque no sé que sabe. Perturbando lo que no sé, eso real, hostil, huraño, inamigable, que hay que simbolizar en algún lugar de la palabra plena y no vacía. “La lengua es algo de ese imposible real”. La lengua de los psicoanalistas hablan desde la posición o puesto en el lugar del desecho sin renegar, Lacan, Oyervide están muertos. La muerte seguirá, pero, sus legados están ahí, para tomar la posta en un pase que compromete la ética hasta el último día del ser en el cuerpo y sus actos. Y, Aún con vida el doctor Braunstein, que sigue tras la huella del espanto, para que se produzca lo real de la carencia y surja algo justo que dé cuenta sin rendirse de la disolución del real en ese abordar de la *poética de la muerte*, para que suscite espacios para dialogar, o ubicar inquietudes como en mi caso, entre mi trabajo ensayístico y este coincidir de la creación literaria produciendo poética de la vida, en este paso por la escritura donde el real a veces es un *sé tú, escritúrale*. Eso implica abordar el espanto de una angustia donde la memoria se hace en el pasador del texto, una letra que se produce con las consecuencias de un creador en el o lector, un texto para pensar, increpar, repensar, que fluya.

Mi expectativa es no taponar ni inmovilizar al deseo en la memoria. Meta/forizar la vida para que no se quede como una materia inútil o útil en el campo del consumismo o la nada. Trabajar con la masa psíquica para que se torne con su propio vacío, no dejarla morir antes de ser verbo. Y dar con el pasador en la memoria, pasar del espanto del horror al espanto creador. Cierro este abordaje con una cita del memorable libro **“memoria y espanto”** del doctor Braunstein que lo he hecho una parte de mí; allí deja entrever a esa otra memoria la del escritor. Aquel que “es siempre alguien que, al escribir, se escribe y dirige su escrito a algún cómplice más o menos hipócrita que sabrá leerlo. Es desde el comienzo el leit motiv de este ensayo, un pesquisa que persigue al poeta y al pensador buscando sus huellas en los ínfimos papeles que narran recuerdos de infancia”.

## II PARTE

*Observa la vida con la esposa que amas (Eclesiastés 9:9).*

*“La vida bien vale una hora de amor” Honorato de Balzac*

La transparencia es velada, está a la vista. La anfitriona ordena el desorden. El caos un banquete de creación. El invitado llega a desordenarla. El placer de la proyección para el otro. El espectador disfruta la confianza de la vida en lo otro. Ningún acto es inocente dice la sospecha. Y qué, con tal que no atente contra... El cuerpo acoge el misterio del contrincante. Lo alía al devenir. El porvenir está a la par. La poeta dice “Haz de tus días como que fuera el último”.

¿Acercarse o no a lo real intolerable de lo amorfo del placer y de la “alucinación del deseo? La memoria parece ollas en el vaivén del la oscuridad y del resplandor. El seno del lenguaje gotea el calostro de la defensa todavía. “La lengua materna es la ley que expulsa el goce del cuerpo y que hace pasar toda futura satisfacción por sus desfiladeros fonéticos, semánticos, gramaticales y sintácticos. Por esa violenta intromisión del Otro...el goce está prohibido por el que habla como tal...y sólo hay goce en relación con reglas que lo restringen y lo canalizan”, Braunstein

La envidia de la muerte a la vida. Los celos de la vida a la muerte. El odio entre la muerte y la vida. La pasión destroza la vida dentro de la muerte. La espantosa vida sin destino entrando al horror de la muerte. Ambas, irreconciliable y diferentes en el mismo terreno de lo indiviso: el cuerpo que crea y constituye una memoria del verbo ser en el estar y viceversa. La vida ser para la muerte aunque no quieras.

La búsqueda de la muerte da con la vida. Ser para no ser y/o no ser para ser. “El sistema de la lengua (del otro) ha sido impreso en el sujeto. En ese sistema que está fuera de la ley”. ¿Es criminal decir que el equívoco sabe a espanto?

Al estar esta “masa viviente” cosificada, el vendedor de ilusiones ofrece en el mercado: agárrate a lo que sea. Te modelan un hombre y/o una mujer. Adecúate si no te encuentras. Pregunto ¿La muerte anima a la vida, la asusta o la espanta o la crea o tiene un “móvil” controlar el espanto, distanciarse de él, o como dice el doctor Braunstein “ir hacia el espanto, escapar de él o dar vueltas en la periferia” del invento catastrófico de un amor que espanta. No te acerques tanto al monumento a la madre o la patria o al ego porque te aplasta y te hunde en la “orgía de la muerte”. O te hace dar con la primera persona del inicio de la curiosidad a tu memoria que te cuenta y habla de tí.

La Yourcenar conversa consigo y dice “Estos fragmentos de hechos que creo conocer son sin embargo, entre aquella niña y yo, la única pasarela transitable; son así mismo el único salvavidas que nos sostiene a ambas, sobre el mar del tiempo”. Así me veo en mi propia travesía al dar con ella, con la lengua desfigurada de mi madre y “la dura disciplina de tallar el cristal de la lengua” según Cinthia Ozick en boca de Néstor, agregó para que no te corte el filo de la punta del trazo donde tu creación proviene expulsada a exiliarse en la escritura.

“El paradigma del traumatismo que supone para todo sujeto la entrada en el lenguaje: la presencia del objeto primero, la madre, se instaura a partir de su pérdida irremisible: for y da, estar y no estar en el campo visual del otro... para ser visto y reconocido hay que hablar la lengua materna”

Regreso a memoria y espanto, tesis del doctor brausntein o del creador Cortázar, que tiene un apellido tan sugestivo Cort(a)zar. ¿El azar del corte pertinente? ¿El corte pertinente sin azar? En su idea de “la memoria empieza en el terror”, donde el psicoanalista Braunstein, pilar de este trabajo que hilvano, desencanta a la fascinación con esto del “primer recuerdo sería entonces una profecía que se cumple así mismo” por lo “imposible de escapar de lo vivido o la vivencia”. Entonces, en los orígenes de la memoria está esa “huella mnémica del primer recuerdo sosteniendo un objeto y un sujeto que no sabe contar, pero que se cuenta y sin saber en ese “había una vez, su causa, que origina su memoria, que relata la vida descarada que tal vez se llegue a contar o que la lea entre líneas. ¿Qué me cuentas? ¿Hay algo que te descuentas? ¿Qué cosa era que decías? ¿Por dónde iba? Hay que abreviar, apúrate. Darle cuerda a la vida para que se acuerde contar con la cordura del cuerdo que cuenta contar con un contador para contarte...

“La lucha por tener que vivir en el lenguaje, está perdida de entrada. Por eso sólo tiene sentido a la vida, ponerlo en juego”. Para apropiarte de la vida la tienes que inscribir, registrarla, habitarla de palabras para que suscites la diferencia entre lo bestial y lo humano. El síntoma impecable y confesable en la confianza o desconfianza del decir o no todo lo que pasa por tu cabeza a quién... ¿tu duda y la mía? Batalla el yo en la asociación libre con un tú que remite a un yo que se desborona en los espejismos de la contraportada del que contempla la reseña del silencio. Hay algo en esa memoria no dicha. Distingo lo distinto. Distintamente.

Apollinaire hace un oleaje en mi descifrar este recorrido, y la frase incommovible aparece “aquella mujer era tan hermosa que me espantaba”, la transfiguración de la emoción omite o no deja caber la sombra que comienza el miedo y el gozo indescriptible a la servidumbre dócil o indócil en la relación subjetiva con el otro. La madre, lo real, lo que uno no puede servirse pero te sirves de ella, el engaño, el obstáculo, lo prohibido, el límite, lo que no creas en ella, lo que no es instrumento, y sin embargo tienes que creerle.

“Al real no se lo puede llevar a la obediencia”... el significante no puede vivir sin lo real o viceversa, aunque lo desilusione, puede servirle, serle útil, se deja utilizar, él se sirve de ella, el nombre del padre significa aunque no cree en él la madre, aunque desconfía. El cree en ella lo real que es. Ella es no todo real, hay algo que se escapa a los dos. La infracción de no dejarse servir para el uso, ni ser instrumento, ni objeto cambio, ni ser cosa de trueque . ¿Y se impone el Otro que hace “de guardián y el garante del código que avala las aberraciones y las exigencias de usos”? El Uno ordena el desordena. El otro desordena el orden. La ley está inamovible, para cumplirla. La lucidez es como la muerte, asusta, y la orden es cumplirla no desobedecerla. Pero del dicho al hecho...

Lo real y el significante una pareja de conjunciones e interferencias, se las arreglan como puede, o si no, patalea y mortifica la juntura, se dan infracciones al derecho del goce y a lo prohibido de gozar. Se lo nombra, me nombra, mi nombre. Se lo nombro.

“Es el goce como imposible de soportar”. Se piden rendición de cuentas pero no quieren dar cuentas. El obstáculo no cuadra en el equívoco del amor. Lo real no es nombre del padre, el significante que sirve como padre y se deja utilizar no es lo real de la madre. Acaso aquí comienza a espantar la memoria o el comienzo del espanto en el “primer recuerdo del “enredo del cuerpo con el otro”.

“Cambio se llevará hasta el fin, cuando ya no haya nada por cambiar” dice Pierre Clastres el estudioso del mundo salvaje y civilizado. La vida cambia a la muerte. La muerte cambia a la vida ¿se cambian de lugar? La vida emigra de la muerte. La muerte está en cualquier lugar. El éxodo no resuelve el problema de la muerte. La muerte no se puede abolir ni siquiera en el vientre materno. Ambas indivisas. La una hace la existencia de la otra, la otra hace la finitud de una. Se consume la vida en la propia carne o ajena. El litigio y el relato.

La forma que voy reconociendo en mí. Llegar a lo inasequible sin atorarse con lo que se encuentra, a eso que se le va poniendo palabras que precisa salir de la “amnesia”, este no recuerdo es la “huella de un conflicto” que guarda, encubre o esconde lo que no se quiere saber o tienes en mente pero que no te acuerdas hasta que se “produce el encuentro con el accidente que produjo el trauma”. Los recuerdos matriz originarios han quedado grabados o inscritos y constituyen lo “esencial” de la vida del humano, acentúo este hilvanar de lo plantado en lo admirable y abominable: la mirada de amor redentora salvífica o mortífera por el desprecio o agrado de la madre por lo que traes o no traes.

Lo des/dicho y la des/dicha en el impacto de recibir esa mirada cargada de espanto, pavor, repudio, vacuidad, que enferma, y, que se instala en la memoria dónde lo reprimido o lo “actuante de la represión” es el vector de la “construcción” de ese recuerdo que habla a pesar de ti, así seas lo que no seas tú. Esa inicial mirada o peor aún que no sea nada es la que te acerca o te aborda al encanto del espanto sublime en la soledad pagana de tú memoria flotante para **editar el deseo** de la creación o de la parábola de la vida en ese juego con la resurrección, metamorfosis, transformación o conversión de la memoria sin sustos ni estorbos en un posible texto o en ese cuento contigo o quién crea conmigo él será mí...

Y nos pasamos la vida queriendo refrendar la división entre masculino y femenino. Queremos certificar la carencia, la falta, lo incompleto, lo inconciliable, lo irreconocible, lo irrevocable. Hasta sufrir de vergüenza, de rubor, de pudor de lo que se es. La que soy me espía, me ve, me hace cómplice y sospechosa del drama en el cuerpo y su reconocimiento. El ser del sujeto es posible porque lleva “en sí la locura como el límite de su libertad”, recoge la frase Miller citando a Lacan. Preguntas que rebotan en el monólogo de la inquietud, acaso, ¿me acuso para no acusar? ¿acuso para no acusarme? ¿La culpa es de la libertad? La libertad sin límite espanta, mata, ataca, interrumpe a esta afirmación, ¿Y esa libertad limitada o demarcada en nombre de qué libertad extermina al otro?, me refiero a la bélica, esa que tiene reglas y estrategias, e intervenciones e invasiones impresionantes calculadas y téticas. A Borges le duele una mujer en todo el cuerpo. ¿Y a la mujer que le duele?

¿Y la perversa libertad o la del consumidor que decide con el ser y no ser en ese juego del intercambio? La demanda conlleva la negación. ¿Y el que se opone y se niega a esa seducción encadenada en el lenguaje cómo lo tildan? Un peligroso sujeto que no acata, que se sale de la horma, que no se habitúa, que se va en contra del orden establecido, la regla hay que echársela

encima... La falta de faltantes. Faltas. Anticipas, representas, escenificas, fallas, creas, repites, sin/ ton/ni son matizas, som(a)tizas excluyes, incluyes, la excepción en la regla, el acápite, el código, morfoseamos, morboseamos, mortandamos. Monstruosamente la letra maldecida nos come o nos suprime, o, a menos, que enlace un pedido de composición. Compostura. posturas. Posición. Sea lo que sea carezco de mí. Acápites de mi principio.

Y qué cuando se quiere hacer desaparecer el delito. Delinquimos con aparente inocencia, a pretexto de que no sabemos lo que hacemos, somos despiadados con nuestros banales podercillos en el puestito ganado con sudor, votos... botamos serruchando el piso, o como si fuera una basura hacemos del otro un desecho... Ojo con la soberanía del desprecio o soberbia, quién reclusa lo dicho, y, se plantea otra forma de vida sin discursitos y sin espejos desafiando dime quién es... al dado del cálculo. La divina imagen toca tierra. Cada mundo se acaba con uno.

Lo real del pase con la vida es abordar lo real: el engaño. La angustia no se transfiere, esa es la verdad irrefutable, que simbólicamente me comprometo con algo de mí, porque no la aguantamos ni tranquilos ni intranquilos. Ella nos envía a trabajar en lo explícito e implícito. Algo sabe a que sentimos. Sentimos algo que no sabe. ¿Sabe algo? ¿algo sabe? ¿Qué sabe? ¿Algo que no sé? ¿Algo no he dicho? ¿Algo no es dicha? Yo no sé, -Resisto-. Yo sé, -Defiendo-, pero, no sé.

La convicción o la duda no son suficientes, luego no pienses. Existes. Piensa sin pensar, que el pensamiento te lleve a la mancuernas de tu desemejante desencadenando el inicio de tu ser: lo real incomprendido... Y así puedas absolver la contemplación: esa "muerte irreconciliable". Vayas donde vayas la muerte va contigo. Ella no es el fin, acaso sólo sea la rayuela de la memoria, dónde hace su casa en cada cuerpo que juega.

¿Quién tira la ficha ahora?

El escritor mira a través de la hendidura del otro. Sus leguas desnudan la expresión. Cabizbajo invoca a su personaje. Lo acribilla de sorpresas.



### III PARTE

*“Suplicio y temblor esa eterna perplejidad del amor...”*

La mirada persigue otra mirada que no coincide con la tuya. El espejo no te refleja a ti cuando la mirada hostil te opaca por tropezarse con la sombra de la tempestad. Se tapa el espejo y todo metal que brilla para que no atraiga al rayo, para que el espejo no lo atrape. Para que el trueno y el relámpago ocurran afuera. Para que no te parta el rayo... No se puede habitar encerrado y de espaldas al mundo. Hay que salir a confrontar el génesis de cada uno.

Mi padre y dios un rasgo cercano al monólogo. Mi grito una incógnita del incesto. Configuro mi nombre en la identidad con la muerte. Divago en la primicia del ilusionista. mi exclamación un resto de la infancia-los instantes son mi posteridad-

El estado materno no es toda la vida de un vástago. Nunca habrá armonía con la madre, es una cuerda que no concuerda. La madre una discordancia con el hijo. No toda es ella. Tendrá que ser tachada, por lo real que es no todo. Una mujer le toca el cuerpo. No todo está escrito, no todo está dicho. Falto yo, déjenme hablar, el interdicto autoriza a ser, ayuda a desembarazarse de lo indiviso. Se da la división del estado materno al estado social. El estado psíquico; no todo es criatura creada, algo se crea, se aplaca o ¿el poder se hace y deshace en la manos humanas. Virginia Woolf lo dice así “la naturaleza humana es implacable”.

Otra cosa es la *"devastación psíquica"*. Que el cerebro no se haga una bomba que estalla por la nada. A enchufar la palabra en la ética: una verdad sin cremación, sin exterminio, sin desaparecidos, sin trampa, qué dices me dices me dice me digo. La palabra indivisa y dividida en la lucha de un hombre y una mujer. Libertad del uno frente al otro. Eso traumático, “lo inasimilable, lo que no se traga, no se metaboliza, lo que no se integra, ni se puede conciliar con el yo ni “a la memoria cuando es hostil al sujeto,” lo demarca Braunstein.

La ortografía está roja en el papel, alguien se pasa la roja del semáforo y va a dar contra quién... ¿Cuál es el límite sano para que los actos sociales no choquen con la infancia? , entra el suspenso. ¿Qué ocurre? Escojo a la pequeña Kiera que no conocí, que tiene en su diario escrito el texto que inmediatamente lo expongo, letra premonitoria de lo otro en riesgo, quizás la mirada de su interlocutor interior, le avisa, le hace ver lo que aparentemente es obvio y tal vez no conmigo, quizás, o de eso del para qué escarbar tanto en lo mismo, no quiero pensar, no me molestes, dice la dejadez para no preocuparse, para no dejar paso al miedo de alterarse por gusto, por lo que no ha sucedido, por lo que no ha pasado. Pero, un día cualquiera, ella va con sus padres en el carro por la carretera, otro auto se cruza a velocidad de terror, el conductor va ebrio, los impacta. El silencio llega. Heridos, y una muerte. La niña de 10 años calla para siempre “ en el mundo de cualquiera cosa/ Este es el mundo donde cualquiera cosa puede suceder/ Y mientras estás caminando/ Tu ves el sol bailando en el cielo/ Casi nunca llueve/ Pero cuando llueve, no dura mucho/ Y cuando para/ El arco iris se lanza afuera de la mitad de todo/ En el mundo donde cualquiera cosa puede suceder”. Kiera Schneider (1990 - 2000) Este manuscrito queda como constancia de la memoria de un

cuerpo que se dejó llevar al papel. No queremos escuchar a la memoria porque nos aterra con “lo cierto”, y que de paso “eso” sí haya ocurrido, y que no lo soportemos o que no sabemos qué hacer con eso porque está ahí carcomiéndonos de angustia. La polilla del miedo nos goza buscando un acusador y un culpable. ¿La memoria me justifica? Tan cerca estuvo la libertad sin freno que desboca en actos espantosos. Lo “inamovible” en la memoria es terrible. Es como estar frente al paredón del represor.

Otra cosa es la “vasta” no hecha nunca en los eslabones que instituyen un sujeto posible, que impide que él/ o/ella pongan o coloquen un *basta* entre cada hilo que eslabona, entre cada puntada que sentencia, que ejecuta, sea esto una palabra, un sonido en lo humano que aproxima un arribo a un sí o un no contundente. La interpretación y el desmadre de la memoria.

Una memoria es un puerto del recuerdo, es un barco perdido, extraviado en la lengua materna. Por eso cuando el faro aparece y diluye el fantasma, la tierra firme recibe el anuncio. La partida llegó. Luego, el llegó o partiré no tiene que escoger las aguas fuentes para el existo. Sino, otras aguas, para que la inexactitud del actuante sujeto irreconciliable ni con la vida ni la muerte pueda avanzar sin descomponer la redacción del personaje en el escenario de la célula y la imaginación. La torsión y la nada de la memoria se vacían de sí mismo, de eso: **tétrico de uno sin uno**. Tú no encuentras la muerte ¿Qué espanto soy?

La memoria estorba cuando hunde al cuerpo como ancla. Cataclismo. Un humano pone grilletes a la memoria... Hunde al cuerpo para desembarazarse de la tentación de distracción. Cómo poder pensarse cuando se ha quedado sin con qué sostener el pensar, el recordar y hasta el olvidar. Se ha quedado sin nada de sí del yo pienso al se piensa que me pienso o me soy pensado. Pienso luego soy alguien que algo piensa o se piensa. Luego algo existo o ¿existo en el pienso, luego dónde soy?

Ahora bien, la escritura y la memoria tienen en común el objeto en falta que aborda lo innombrable: lo terrorífico, desde el comienzo el final de todo y el inicio de algo a traducir el dolor de ya no ser algún día. El golpe avisa. Un poco de función poética en ese andar denso. La poesía “conserva el carácter siniestro” no lo finge. El poeta auténtico trabaja el tabú, el incesto, el efecto emocional y el asunto elegido. Convive con la soledad, el silencio y la oscuridad sin atemorizarse de traspasar los senderos prohibidos por la represión. Enfrenta al significante y lo destituye del sitio. Acompaña a Edipo a la creación de la obra. La madre no se puede extirpar. Y, sin embargo hay que provocar el desmadre para acercarse a la lengua que se parece a mí. Una soy conmigo, una va, una allí. Soy el epígrafe de mi nombre.

En el centro del vacío la memoria se traslada a ser. Soy la invitada de mi propia anfitriona. Mi cuerpo me da hospedaje. Mi memoria me acoge o me da cabida. En las habitaciones del recuerdo los epílogos de un tiempo. En el olvido el esclavo y la sirvienta del amo. Ambos se unen para destituir toda tiranía. Se rompe la puesta muda. La puerta de la visión afloja el pestillo. Salen vestidos de tramoyas los que son y no son. Deja de ser silencio lo desalojado del espacio significativo e insignificante. Nazca lo memorable- Reconstruyen los pasos del relator de la memoria ignorada. El enigma es el propio cuerpo. La memoria se reduce a la mínima expresión del ser. Cabe en la boca, se detiene en la punta de la lengua, una vez que asoma se expande según la intensidad del resplandor de tu voz.

La herranza no tropezó con la línea y la plana de la infancia. No tuvo que acercarse otra vez a la esfinge, sino tomar distancia. La marca que lleva de la mujer en su cuerpo no era la respuesta, no era nada ante la pregunta. Porque no existió ningún crimen en sus manos. Más bien fue emboscado por los temores de sus gestores. El oráculo dijo lo que ellos quisieron escuchar. Y si este hijo de la torpeza del miedo y del crimen tiene que saldar cuentas, será dar sepultura a la bestiecilla humana: sea esta la nostalgia que embauca y embarga el presente en un retorno sin salida.

Freud se interroga qué hacer ante la posibilidad de la muerte, ese momento donde, “faltan pensamientos o no se encuentran palabra”, y, la memoria no sirve para nada, quizás, allí, la muerte un lugar sin ser en el despojo de la armadura corporal sin ganas de espejo, de nada. La falta infraganti donde la vergüenza pierde su refugio, su pudor, obscenamente mortal el mortífero desprendimiento, desnudos ante la mirada del otro, sin uno poder/se espantar al/del otro ni cubrirse de la mirada insostenible.

El vivo sí se ahuyenta, se ausenta o prepara las reliquias según sea. Queda fuera del puesto al que le tocó el momento. ¿Miedo, rabia, impotencia, eso de no poder controlar ese instante sin posibilidad de razón, ni de fe, ni gota de salvación. Sin resurrección en la memoria del deudo porque se llena de pavor con un ¿qué quiere de mí o qué quiere decirme? Qué cosa, esto de aprender a vivir con serenidad, tranquilidad, resignación o tomar como cuerpo ajeno el propio para asemejarme al que me calza. No tener pánico de mí. No puedo escapar ni desvincularme de mí. ¿Abordar el miedo a la anticipación de la falta infraganti que yo la note o los otros?

La memoria permite, rescata, rectifica, vacía, absuelve, pero no deja impune los actos violentos, los alude. Ataque, contraataque, Atajo, tajo. La vida enemiga de sí misma, se conoce limitada en una libertad y defensa propia, ¿Se reconoce portadora de lo que la hace saber que es un no animal, un no perseguidor, un no exterminador, un no otro, un uno en una vida que defiende a capa y arma?

¿Qué lugar ocupa la palabra y la memoria que me hace evidenciar la calamidad doméstica del cuerpo y sus desajustes con la certeza de pensar en el espanto sin que asuste u horrorice, ¿acaso el rostro de la nutrieña y ese tacto indescifrable cuando se nace con lo temido, una hendidura que no enfala el narcisismo de la parturienta? Dejemos ahí la sospecha conteniendo el sinsabor del verbo ser en ese tope de identidad que lo completa, lo asfixia lo acaba o lo deja vivir sin taponarlo sin ignorarlo sin vaciarlo. ¿Utopía sin imagen ni semejanza ni reflejo del verbo?

La inquietud infiltrada de que hay otra manera de ser y estar, de expresar sin apresar, sin quedar preso ni ser presa. Esa es una condición a crearse en eso que pasó, que pasa, así, asá, eso fue. Entre quién es y lo que le pasó se raya el hecho para situarlo, ubicarlo entre la memoria y la imaginación: la creación de un ser.

Aquí, la pertinencia de Braunstein al decir “la memoria procede del futuro. Lo que no se puede olvidar es el futuro desde el cual todo recuerdo tomará su sentido o se develará como privado de él”. El agujero de la memoria es el recuerdo. Se olvida para vivir, para que el recuerdo no se apropie ni me expropie de mí. La única condición que se anuncia es que cuento con un oyente: uno de mí habla.

Detenida en el borde del mal significo la ternura. Contiende mortal de lo divino. La atracción se lanza a conjeturas. Envuelto lo intemporal al vestigio. Fiel a lo diferente atrapo eternidades insinuadas. Dejo los indicios entre palabras. Todo es recorrido del tiempo atrapado en la memoria. La certeza y el veredicto los cumpla en mi cuerpo. Asisto a los actos del sueño. Primicia de mi deseo. El teatro en mi ser obra su prisa Repito la escena. La muerte es un ensayo de amores.

En ese inexorable trayecto hay que recordar esto: no reducirse al olvido de sí mismo. La ausencia está hecha de cosas, palabras, imágenes, memoria de actos, de verbos cuestionando el principio, de me, de yo, de mí, de tú, de allí, de allá, de espacio y tiempo, de un real insobornable. Y allí el acontecimiento del inconsciente a descifrarse en un decir a saber: sé, que no es necesariamente sabido todo, no todo somos. Hacer una vida sin tropiezo con uno, ese mismo es, que será que fue, en la tarea dura del “descompletamiento.” ¿Quién acepta ser sujetado por la tachadura sin sentirse aniquilado ni borrado?

En fin, la muerte no es un relato, es el fin y el inicio de un encuentro inaprensible e imprescindible. Ella: el imperdible del tiempo en el espacio del cuerpo dando origen a la memoria que será. Cuéntame cómo fue. No se puede expulsar la muerte de la vida. Cohabita como un acontecimiento, como un gran acto del ser sin triunfo, ni cima. No nos queda más que hacer de la muerte una camarada, una compañera de la vida totalmente leal y fiel, así estemos a favor o en contra de ella. Y digo en primera persona esto para no caerme encima de mí o del otro donde se crea una situación de libertad corrosiva permanente. Nos corroemos o nos erizamos con esta idea en la que tenemos que cuidar el saber para que no pierda la cordura, para que la palabra no se convierta en armamento punzante, armadura o sonido sin cedula de identidad o palabra que no se deja encajonar en la sospecha del sospechoso. Y todos andamos desencajonados. Se desencaja el lenguaje desde el inicio del primer gesto o sonido humano.

Sospechosamente sopesa la voz que se articula sin dejarse devorar por la represión: el horroroso toque de queda: la angustia y su avatar en la lucha por no dejarse invadir, coger, anular, encajonar. Ella ordena: Ocúpate de ti mismo sin estorbarte, sin prestarle el cuerpo al francotirador, para que no te mate. La vigilancia el doble papel del yo en el tú: Yo soy /Tú no eres. ¿Acaso la vida tiene que ser otra cosa?

Se me viene a la memoria una historia. Empieza así: “si digo la verdad no me cree, si miento tampoco me cree, haga de mí lo que le dé la gana. Se embrutece el torturador, y empieza a tirar la cabeza contra el piso, claro, el monstruo estaba encima del cuerpo totalmente indefenso. Queda semiinconsciente la materia con vida aún sobre la baldosa fría. La madre hace el gesto de sacudirse el momento, toda muda enciende un cigarrillo, ni gota de arrepentimiento, ni una expresión de qué hice. ¿Tanta furia pudo haber descargado? ¿Qué aguante? -¡Que sola estuve dice la voz en el recuerdo?”

Lo inexpresable expresamente. Cuando uno era yo, una niña que no sabía que una vez su vida sería otra: otra manera de ser. La incoherencia de ser buscando la coherencia de la memoria. Saramago dice “hago del verso filos contra la nada”. Reflexiono ante estas grietas de la memoria, la poética de Kiera o del relato de la voz solitaria en eso que pasa y se instala en las neuronas como un real que no se deja reducir a un cuento simplemente. El suceso cesó y sin embargo no cesa lo demoledor del hecho.

## IV PARTE

*“Como un recién nacido sin odio ni pesar”. Baudelaire*

*“Todos aman el vientre que nutre el origen de su ser”. W. Shakespeare*

Abordo mi memoria, la misma que veo como un molde roto, la imagen de mí: una femineidad que no se dejó callar por más choques ocurridos con el lenguaje filial. Lo inexpresable, lo no decible se ubicó en las fisuras, en los surcos de la forma que se pegaba y despegaba en las letras que fallaban, que nacían partidas, lesionadas, como un cuerpo al recibir o descubrir las huellas del síntoma del silencio o del grito atrapado en el vacío. La vida es un relato corto. Contado como episodios, donde ves lo no-velado. Nada que ver con la novela y sin embargo, a veces parece una sala de velación llena, donde se cuentan historias, episodios de lo que parece que fue, -no te creo-

En el cofre: la existencia del ser. La memoria disque continúa. La tensión del recuerdo un conflicto con la fidelidad. -Tu recuerdo no es el mismo que el mío- o esto, que el otro no coincide, y discrepa con lo que no es, conveniencias de la anunciación que denuncia al atreverse hablar y lo contradice con un -tú, como siempre, las historias que inventas- La voz rebota como ola. Nada que hacer. El papel aguanta siempre el recuerdo.

“La memoria no quiere saber del recuerdo que asusta o estorba” suelta Braunstein. O esto otro que parece estar más del lado del olvido: “Acuérdate de la muerte”. Estate atento. No te dejes disolver por ella. Adelántate y anticipa a la jugada sin miedo que te estorbe. Es así, que desnudo el secreto de la infancia sospechosa, rompe la regla del orden que no es tal. La antítesis yace entre olvido y recuerdo. La tesis de la memoria: lo refutable e innegable. Y total, podría ser nada la fidelidad entre la vida y la muerte.

Incorporo un elemento afectivo sin veneno, pregunto acaso, ¿el amor es un amortiguador para el aguante de su contrincante implacable, esto es, la desaparición del uno, y no somos uno, uno de los dos se va antes o después, acaso somos los damnificados de ese sentimiento? El rastro se difumina, nada que enmendar, ¿el amor es mortífero? ¿El amor es el espejo de la muerte? ¿El amor no soporta a la muerte? Y la vida tiene que resignarse a estas dos caras incompatibles, que no pueden decir no te me acerques. Este el gran triángulo de las convivencias. Si mato al amor este me mata y la memoria solo será un charco de carne y huesos en “crepúsculos de olvidos”, dice la canción. La carne del cuerpo es el enemigo mortal: es la tentación, capaz de producir o provocar un sentimiento de pudor o de escándalo al llamado del amor. Luego, se exige lealtad y fidelidad al sacrificio del placer. ¿Y qué de la codicia y los apetitos? La ofrenda de ser único/única para el semejante elegido. La amenaza de ser expropiado, arrancado de ese privilegio mortal. El humano ronda como animal en celo, gruñe el verbo, el interdicto se ciñe aquí, allá y más allá de los órganos.

Se funda la memoria para marcar los territorios del deseo, del goce y del límite. El interdicto marca las comarcas prohibidas y las habitadas. La transgresión y el intercambio. Una deuda insoldable e insalvable, que hay que cancelarla. Braunstein lo redondea así, “Enfrentamiento del padre y la madre, del hombre y la mujer, del padre y el ancestro de la madre al que ella debió renunciar por la ley del intercambio de mujeres que es el motor del conflicto edípico y del enfrentamiento imaginario del padre y del

hijo que oculta la continuidad entre ambos proceso que hace que de un rey nazca un padre, de un padre nazca un padre, rostro definitivo de la astucia de la razón.”

Y rayando con los aportes de los analista, retomo al gran Néstor, el causante de mi disquisición al adentramiento al tema *Memoria y Espanto*. Esto empezó en Ecuador cuando al final, dialogábamos, y yo le planteaba, que hay algo más que traducir en la intervención de la metáfora paterna, y qué hay en ese violento ser materno que despoja del cuerpo al ser o viceversa, que lo revuelca y lo condena a estar pegosteadado en el dolor y el desquicio, en la ignorancia del así soy. Me remece su puntualización, sobre “devastación psíquica”, y me deja hasta un próxima conversada; y yo que sigo en mi desmadre, hasta ir punteando esto que era alrededor del discurso de la madre, que está ahí siempre, pero que el goce a lo indiviso no nos deja deslenguar, porque estamos atascados en eso que hay que traducir. Según, otro psicoanalista, Pedro Oyervide, a rajatabla dijo “eso es el hombre, alguien que ignora hasta su propia lengua materna”. Además afirma, Pedro, piedra angular en mi discurso otro; esto, dice “El analista es el políglota que itinerando de lengua en lengua va ofreciendo no curación sino traducción y comentario. Lo que interesa al analista no es el texto sobreimpreso, sino el palimpsesto con el texto primigenio”.

El hilo de la trama que hace el tejido de la memoria. Así como al delirio, que es un “indicio anímico” no hay que acallararlo, tampoco a la poesía se la puede silenciar. Ella habla a pesar de sentirse descolocada en el estatus quo. Va en contra de la lengua muerta o congelada en un lenguaje que caduca hasta en la memoria. Pero sus efectos y secuelas están allí. La poesía aborda el pozo de la represión sin perderse en los indicio. Trabaja los monstruos agazapados en la metáfora. Los reduce a poemas. No deja que el deseo muera. No es vividora del sonido humano. Vivifica la palabra resplandor de la memoria cuando el espanto cesa.

¿Acaso, el **espanto** original inicio de la memoria es el punto vacío descentrado del aleph, del macondo, del agón, de la parábola, de la huaca, de la duda, del real, del inconsciente, del deseo, del placer. Punto aparte y final. Eso que está entre la ausencia y la presencia del retorno, del olvido y del recuerdo concebido dentro y fuera sin enmienda. El gozo de la destrucción insoportable: la vida imperativa que me exige su espacio de atención dentro de mí: créame o no eso creo.

En la memoria, la erótica de psique: la angustia que la delata desencadena la inconformidad. A lo único que no puedo decir **No** es a mi propia muerte. Todos somos mortales. ¿Acaso se quiere reprimir a la muerte? Para el control “perfecto” de ese movimiento imperfecto que engendra y provoca la muerte, algún rato, algún día, en este instante alguien ataca, algo sucede, eso alerta, el terror espanta sólo de pensarlo, vengan más cuentos de murciélagos, vampiros y psicosis una y psicosis dos, etc. Hay que curarlo de espanto dice la curandera. La ruda amortigua o adormece el miedo, hay que frotar el cuerpo y curarlo, verá como se tranquiliza, recomiendan a la madre, que es en el fondo y la superficie la generadora del mismo miedo que provoca la incredulidad a esa voz que no aquieta ni con el grito ni con el silencio ni con el golpe.

¿La memoria quiere o no quiere saber de la muerte? ¿El dolor rebota en el recuerdo? ¿El olvido una anestesia momentánea? Los efectos un boicot a esa lucha permanente, a eso ineludible, a ese contrariar de la supresión sin omitir, de omitir sin suprimir, de omitir y suprimir la ausencia y la presencia, de presenciar la ausencia sin presentarse,

de ausentar la presencia sin ausentarse. De convivir la ausencia y la presencia como un espacio sin derrota en el cuerpo sin escapatoria. Hay que darle sepultura al dolor que desfigura la memoria y no hablo de espejos.

El poeta César Dávila dice “espacio me has vencido”. Entonces, dónde guarecerse de la “fantasía ejecutoria”, solo en la palabra que nos instala en un sitio donde nos resguarda. La vida en sí misma es un peligro permanente. Los sonidos en el cuerpo acompañan el estado de sitio, nadie quiere estar sin movimiento, solo estar alerta, y andar, en aviso, bajo la vigilia, la mirada del interdicto. ¿El reposo y el descanso cuándo? La complicidad lejana o cercana de la angustia que anota, nota, te delata. Si la angustia sobrepasa tienes sobrepeso de imágenes indeseables, te has invadido hasta el límite de no aguantarte. No aguantas la libertad propia ni ajena. ¿Dónde los abúlicos del deseo?

Te engendran y naces amenazado de muerte, de eso nadie se repone: todo es un episodio final, desde el comienzo empezamos a contradecir. Dificultad, angustia y pasión son los ritos del perder o ganar en la aventura del SI o del NO de gozar a su contrario NO(S)OTROS. Juega la angustia con la muerte sin la victoria siempre. Quién recuerda el juego del ahorcado, de ir completando las palabras al ritmo del dibujo que va haciendo el jugador de turno, y nadie quiere estar en la horca, y le pide espera, demora, y ver la complacencia de ese rostro disfrutando de su papel de verdugo sin capucha, de ir contando por donde va hasta que cae el cordón, atrapa y ahorca al que no concluyó el juego. Somos sensibles, y la anestesia no asegura ser poderoso, el poder tambalea en todo el cuerpo, se devora así mismo por insaciable como un antropófago que a falta de presa se apresa así mismo, se mordisquea, se arranca, se muerde se traga. Y el dolor lo excita hasta engullirse sin una palabra que se oponga al sonido de su ser

Bataille dice “la vida es en su esencia un exceso, es la prodigalidad de la vida. Sin límite agota sus fuerzas y sus recursos; sin límite aniquila lo que creo.” Lo insostenible vivido aturde hasta hacer dejar al tiempo en punto suspensivo. Yo sé que estuve en el recuerdo quedado en la memoria pero no me acuerdo de mí. Atraigo el olvido del tiempo para que ese instante aparezca, insostenible eternidad indeseada, cómo es que decimos, ese instante se me hizo eterno, como que nunca iba a concluir- El ayer del verbo: el porvenir. El tiempo del otro que ha de concluir en mí. Que descansen de una vez por toda la infancia que me robaron o destruyeron. El fragmento impecable que salvé de esa niña se parece a mí. Se olvida para no vivir en el recuerdo la eternidad del otro que saqueó el momento de la alegría. El que aplacó su furia o su nada contra el indefenso cuerpecillo que ni siquiera sabía qué era el garabato en sus deditos.

La historia se carboniza en los campos de guerra. ¿A quién se mata en la pugna por la domesticación de la vida? La búsqueda de la muerte es una guerra permanente, peor para todos. El coleccionista de triunfos es insaciable, siempre tendrá que aniquilar, repetirse, el prestigio conlleva el precio mortal, aumenta el riesgo, la temeridad, la lucha en “la desigualdad absoluta”, la guerra es un movimiento para la nada o un espacio donde no se juega el cuero cabelludo sino un par de contrarios: no me quiero morir y no me expongo y me expongo porque me quiero morir ¿acaso esto no se verbaliza para no parecer cobarde, ni miedoso, ni traidor? La búsqueda de la muerte da con la vida. Lo que está en juego es la suprema muerte: el capital de la vida- Ser para ella o no. ¿O postergar su instante? La memoria: herradura del ser.

La muerte antes de ser muerte exige tanta atención, tanto consumo de velas, veladas, tanto desvelamiento. Ella un desvelo desvelado, revelado. Una radiografía de la vida, con su alta tensión, peligros acechando, y la contaminación de la memoria: los rayos ultravioletas. No queda más que trabajar por un campo no minado en la realidad y la memoria y darse uno el sitio aunque no te lo den. Hay que crear y sostener un espacio sin supuesto puesto, puesto que esto trae la ruina. Lo ruin de la competencia despiadada.

El abordaje poético se parece al análisis, solo con su diferencia puntual, no hay interviniente en el poeta, sola la poesía demandando no ser al ser que no le convence. ¿Quién quiere el trabajo del puesto de muerto? Ambos tocan sin dar cuenta sin rendirse de un inconsciente que no se deja operar por la contradicción, ya que no está ahí donde se cree o se lo crea, no está, porque está hecho de “palimpsesto y texto primigenio. No hay síntesis posible para la vida de la memoria. Solo escarbar, descubrir huellas sobre otras, hay que raspar y frotar la lámpara de psique, dar con lo borrado, desmontar lo artificial, para dar lugar a lo que existe. Ratificar. Si “es el hombre quien ignora hasta su propia lengua materna”, hasta su propia muerte, ignora hasta el puesto de la vida en el propio pellejo, agregó. Alguna vez, me dije, me he pasado toda la vida traduciendo la lengua materna, acaso para no ignorarme en el trato de mi quién soy. Yo represento a mi memoria, firmo por mí. Ella: mi salvoconducto, mi confidente.

El olvido un desertor, espía camuflado. El recuerdo un soldado a pie en los dédalos de la lucha por lo que se es no es. El asentamiento de la memoria esta dado por la liviandad del material psíquico. Para que no te hundas en la memoria tienes que excavar el tiempo, despejar lo acumulado, hacer caminos vecinales y fuentes con las huellas. Para que no te destruyas de polvos mentales. Se busca tanto la felicidad afuera y en la memoria que te resulta cansado dar con ella. Una vez que has traducido el espanto de la tristeza, el fantasma podrá reír contigo y el espejo se trisará de risas. Verás que la imagen tuya permanece incólume, casi estoica, sin necesidad de estatuas, para qué monumento a la memoria.

La escritora que hay en mí no es la lectora protagonista a pesar de que me leo in fraganti, doy a conocer la errada de mi ser en público, hago un guiño; mi ignorancia y conocimiento me someten, me impugnan, me empuñan, me empujan, me levantan una protesta, me señalan como bestia iletrada, descalificada para profesar el idioma español. Con el filo del amor hago un corte, corto el amor a la sabiduría.... El horror de saber, el dolor de corregir, el placer de no morir en mi psique. Poblar y despoblar la ausencia sin querer recuperar nada. Que mi cuerpo no me someta a mi propia vida, o peor aún a la vanagloria de la sapiencia. Reciclo la memoria. El inconsciente queda sin tesis y sin antítesis. Un yo sin existencia abandona la hipótesis de su ser. ¿No hay espacio para lo irrepresentable? Acaso sólo un cuerpo en una caja y las secuelas de los eslabones en ese vínculo con el lenguaje: **sea uno no más...**

Luego en el campo del orden, el tarjetero, la lista de asistencia, la escritura sin alteración o fallas con faltas ortográficas, memorias en descomposición, ausencias de tildes por escribir en una computadora que desconoce el idioma, y no tiene en el teclado la tecla para tizar la ley o regla gramatical. La lectura de la vida me tacha, me hace un llamado de atención. La identidad conjetura algo identificable. Sin cédula de identidad va la conspiradora inidentificable. Es ella. No es ella. Ella es. Se sospecha pero como acusarla si la huella digital es transparente, sólo deja los hechos borrosos. Así vamos



todos, lo que no se quiere es que te toque el espanto, y cuando esto sucede es tan asquiento, tan repugnante, tan abominable, tan nefasto. Sientes la impotencia de ser, ubicado como víctima del acto espantoso, que te viola la intimidad, que te deja sin sueños. Que el insomnio se impone como toque de queda. La vigilancia sin turno, **SOS**. ¿Qué salvaguardia la chulla vida? O sales del círculo o te haces cero o eso de ojo contigo no seas que salgas con otro u otra cosa...

La posibilidad de vivir con la imaginación que no se entrapa en la espantosa memoria del gozo sin escrúpulos. Se vuelve a la memoria aunque no se quiera. El olvido quiere ser la sepultura del recuerdo pero lo tumbado no es la tumba- El cráneo no es el cofre de lo abominable, porque no es su cadáver. Solo es un espacio hueco para que fluya el sentimiento monstruoso: no poder amar al propio cadáver, eso, lo inhóspito del abandono de la vida. Pobre de aquel que quiere retornar al hueco que lo hospedó antes de nacer. ¿Será, que todos aman el vientre que nutre el origen de su ser? ¿En qué estaría pensando Shakespeare cuando escribió esta frase?...

El analista Braunstein dice que “el análisis culmina en el descubrimiento de un ombligo que comunica con lo real ¿lo real? Sí, lo real -el espanto-...El grito ante la ausencia de la madre que no encuentra el consuelo de su regreso”. La madre no es mi memoria. Es un punto partido ¿Qué ubica y desubica la ilusión del por/venir? ¿Soy el no ser del espanto? ¿La cita con la falta anticipa la muerte que no sé? Descubro al ser más allá de la madre, de la mirada y de la nostalgia de un encuentro sin retorno. Se accede a vivir con o sin ella, lo que convenga al empoderamiento del ser. En la cola del pensamiento los recuerdos y el olvido pegados a la memoria que aparece y desaparece en la mirada de sí misma que se despega. Aparezco para no desaparecerme. La palabra me acompaña en ese desmemorar lo que no es conmigo y quedarme con lo que es digno de memoria. Identifico la memoria que no me sepultó. ¿Y cuando desaparezca para siempre, ya no es mi asunto, estaré muerta para el otro que no sé en mí?

Es así, que el emigrante de la muerte, nómada de la nada, exilia al vacío, posterga el entierro. Carga el cuerpo. Se muda al ser. Nace la voz: único sonido que alegra o espanta. Sepelio y sepultura al horror. El pavor se disipa. Que vaya a descansar en paz por ahora la indagación en la otredad. No sin antes en esta densidad que partí luego al desembarco del primer recuerdo en mi memoria: “estoy parada en el barco mirando el agua, el brillo de las luces reflejado en el agua, las olillas relampaguean y chocan en la panza del barco, el resto oscuridad. Mi papi aparece atrás de mí, diciéndome, ya es hora de dormir, hay que entrar al camarote, abre la puerta, y adentro está mami con mis hermanos, acomodándolos en la litera”. Literalmente luego otra cosa. Pienso sobre la memoria, me la apropio.

La letra de mi escritura desespantando lo perplejo del gozo: el recuerdo encubridor dejando al descubierto lo no absorbido. Más tarde, dejar una posible antítesis de una “verdad en reabsorción permanente” para el arte de existir en lo ordinario y sublime en una vida ambidiestra en el dilema de “oh, dicha de entender, mayor que la de imaginar o la de sentir”, lo dice Borges.

## BIBLIOGRAFÍA

- **Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales.** Nietzsche. Biblioteca Nueva. Madrid. 2000
- **Borges Oral.** Jorge Luis Borges. Libro amigo. Bruguera. España. 1980
- **El amor por la lengua.** Jean-Claude Milner. Editorial Nueva Imagen. México. 1980
- **El discurso del psicoanálisis.** Coloquios de la fundación 4. Siglo XXI. México. 1986
- **El hombre ante la muerte.** Philippe Ariés. Taurus Ediciones. Madrid. España. 1987
- **El poeta y la muerte.** Antología de poesías de la muerte. Jorge Boccanera. Editores Mexicanos Unidos. Mexico. 1981
- **El Mono Gramático.** Octavio Paz. Biblioteca de Bolsillo. Seix Barral. España. 1996
- **El Aleph.** Jorge Luis Borges. Editorial Emecé. . Buenos Aires Argentina. 1969
- **El Erotismo.** Georges Bataille. Serie Marginales. Tusquets Editores. Barcelona, España 1988
- **Ficciones.** Jorge Luis Borges. Editorial Oveja Negra. Buenos Aires. 1984
- **Freud una vida de nuestro tiempo.** Peter Gay. Paidós. Argentina. 1989
- **Investigaciones en Antropología Política.** Pierre Clastres. Colección hombre y sociedad. Gedisa. Barcelona, España, 1981
- **La experiencia de lo real en la cura Psicoanalítica.** Jacques-Alain Miller. Paidós. Buenos Aires, Argentina. 2003
- **La pesadilla.** Ernest Jones. Ediciones Hormes. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina. 1967
- **La filosofía del no.** Gastón Bachelard. Amorrour editores. Argentina, 1970
- **Aun.** Seminario 20. Lacan. Paidós. España. 1975
- **Memoria y espanto o recuerdo de la infancia.** Néstor A. Braunstein. Siglo XXI, México, 2008
- **Nada y así sea.** Oriana Fallaci. Bruguera. Barcelona, España 1973
- **Nueva antología personal.** Jorge Luis Borges. Club Bruguera. Barcelona, España. 1980
- **Primer simposio de Psicoanálisis.** La teoría Psicoanalítica en Ecuador. CCE, Núcleo del Guayas. Guayaquil, Ecuador, 1981
- **Psiquis y muerte-** Edgar Herzog. Los libros del mirasol. Argentina. 1964
- **Bruguera 2.** Editorial Bruguera. España. 1980
- **Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión.** Jacques Lacan. Editorial Anagrama. Barcelona. 1977
- **Sol negro, depresión y melancolía.** Julia Kristeva. Monte Avila Editores Latinoamericana . Caracas, Venezuela. 1992